12 1990

0 6 3

ТУ–19–241–82

8

2


студия
ДИАФИЛЬМ

Э08—3—041

ИСПАНСКИЙ ЯЗЫК

V. BAJREVSKY

Ojos de la noche

DIBUJO V. PLEVIN



A esta ave en la Tribu la llamaban Turache. Y hasta hoy día la siguen llamando igual. El chico que siguió la pista a Turache no tenía nombre; la gente de la Tribu todavía no ha inventado dar nombre a cada uno.



El chico quería atrapar a Turache simplemente con las manos: se preparó para saltar, saltó y...



... se encontró en un pozo. Turache, con las alas agitadas, se estremecía sobre él, arriba, sobre su cabeza. El ave estaba amarrada por la pata. "Es una trampa de caza"—comprendió el niño.



El chico derribó el ave de una pedrada, pero no pudo salir del pozo y se encogió del susto: se acordaba de las palabras de la Madre de Tribu: "Desgraciado será aquel que se queda fuera de la cueva ya llegada la noche". Con el crepúsculo los hombres cerraban la entrada a la cueva con una piedra enorme.



Sobre el pozo
se paró
una nube rosada.
El sol
estaba cayendo.
"Cuando llegue
la noche
yo cerraré
los ojos
y no respiraré"—
pensaba el niño.



Oscureció. Comenzaron a caer pedazos de tierra y terriblemente sonó el rugido de una fiera. Sobre el pozo brillaron dos luces verdes... Eran los ojos del jaguar.



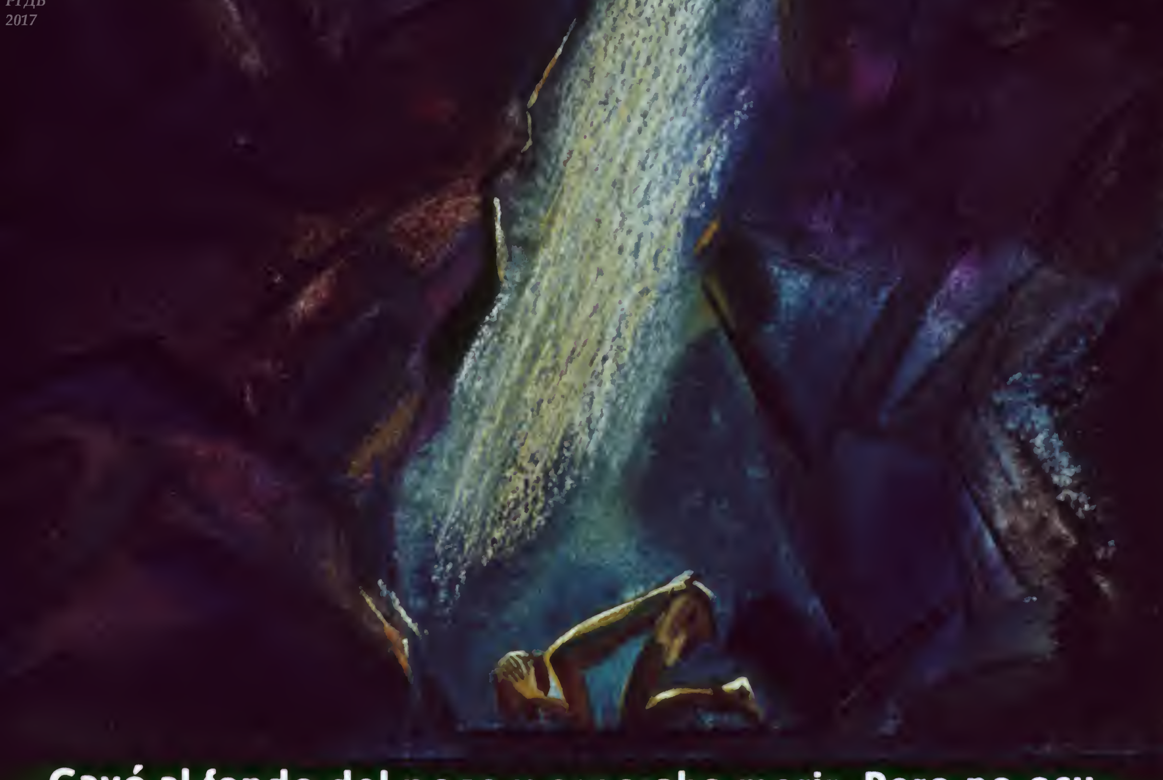
El muchacho con todas sus fuerzas tiró al jaguar una piedra. Y escuchó un rugido...



"Le dí“—se alegró el niño. Y de repente vio...



...las estrellas. Brillaban como el rocío bajo el sol. Algo sintió su corazón. "Estoy mirando a los Ojos de Noche"—murmuraba él y no se sabe porqué suavemente se le caían las lágrimas.



Cayó al fondo del pozo y esperaba morir. Pero no ocurrió nada terrible.



"Si los Ojos de Noche son mortíferos, no podré evitar el castigo, ¡lo he visto!"—pensó el chico y otra vez echó una mirada al cielo.—"Voy a mirar bien a los Ojos de la Noche y hablaré sobre ellos a Madre de la Tribu, y aún-que yo muera, los hombres van a saber cómo es el cielo de noche".



Los cazadores le encontraron en la madrugada, lo llevaron ante la Madre de la Tribu y pusieron en sus pies su botín, el Turache.



—¡Has visto los Ojos de la Noche?—preguntó la Madre de la Tribu.



—Los he visto,—contestó el niño—se me derramaron lágrimas, pero no he muerto... Quería ir con ellos, con las pequeñas chispas celestes.



—Tengo que pensar—dijo la Madre de la Tribu y se sentó en el Lugar de las Meditaciones.



Llegó la noche, la entrada a la cueva hace mucho que estaba cerrada, la Tribu estaba sentada alrededor del fogón, y la Madre de la Tribu seguía pensando.



Y se levantó y dijo: La Madre Vieja, que ya nos dejó, decía: "El que mira a las estrellas, se irá hacia ellas".— Pero yo conozco otro pronóstico también: "El camino del primero se convertirá en el camino de todos". Hijo nuestro, llévanos hacia las estrellas.



Los hombres hicieron rodar hacia un lado la piedra de la entrada y prepararon las armas: mazas, lanzas y hachas de piedra.



El chico salió primero y se le abrió todo el cielo, todas las estrellas.—¡Oh!—exclamó el niño y levantó las manos al encuentro del abismo brillante. Sobre el bosque resplandecía el cuerno de la luna nueva.



Pasaron los días pero nada malo ocurrió, ni con el niño, ni con la tribu que ha visto las estrellas. Pero una vez no volvieron a la cueva los cazadores después de la caída del sol. La Madre de la Tribu largo tiempo escrutaba la espesura hostil del bosque.



Por el cielo pasaban los murciélagos. Blanqueaba la senda de los cazadores, a la cual salió un enorme jabalí con sus jabatos.



En el Lago Lejano aullaban los lobos y las mujeres se tapaban la cara con las manos: ¡Ga-ga-ga!—a lo ganso gritaba la Madre de la Tribu, rechazando a los espíritus malos. ¡Ga-ga-ga!—contestaron los cazadores.



—Están al lado de la Piedra Blanca templada—determinó la Madre de la Tribu.—El frío no les amenaza, pero sin fuego pueden convertirse en una presa fácil para las fieras.



El chico estaba al lado de la hoguera.—Tú eres el que tiene la culpa, porque los cazadores ya no temblan ante las estrellas.



Ella sacó de la hoguera un ramo resinoso y se lo dió al chico:—Llévatelo y conduce hasta aquí a los cazadores.



Invisibles en la oscuridad las bestias retrocedían asustadas del pequeño hombre con fuego en las manos.



Había entre ellos algunos curiosos que a pesar del susto se acercaban a la senda. Aquí apareció el jaguar.



Pero la antorcha ya estaba chisporreando y la llama desaparecía por instantes. Y entonces de todos lados se veían brillar los ojos de las fieras. Una zarpa se extendió hacia el chico y él le dió un golpe. La bestia empezó a rugir pero la antorcha cayó a la tierra, esparciéndose sus ascuas.



El niño juntó las ascuas, recogió el pasto seco y algunas ramas y avivó el fuego, convirtiéndolo en una hoguera. La llama extrajo de la oscuridad varias fauces de lobos.



Mientras la llama se mantenía, el chico recogió las ramas de pino alrededor de la senda, echando una rama ardiente a la espalda del lobo. La fiera comenzó a girar y toda la manada se marchó.



—¡Soy fuerte, soy el más fuerte!—gritaba el chico, llevando las ramas mas grandes de la hoguera, y se precipitó hacia la Piedra Blanca.



Un lucero serpenteaba a través del bosque hacia la cueva: los cazadores regresaban, salvados por el niño. Las fieras cedieron la senda nocturna al hombre, que tenía el fuego, por primera vez las fieras cedieron la Noche al hombre.



La Madre de la Tribu mandó prender en la Cueva la segunda hoguera. Los más severos guerreros llevaron al niño de la mano y lo pusieron entre las hogueras.



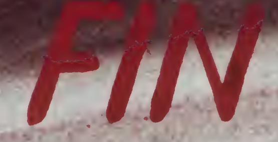
La Madre de la Tribu le puso un collar con una enorme uña de la garra de un oso, los cazadores le dieron una lanza. ¡Oh, cómo brillaban los ojos de los muchachos de la Tribu, pues él, de la misma edad que ellos, se convirtió en un verdadero cazador!



La Madre de la Tribu puso la mano sobre la cabeza del pequeño héroe y dijo: —Que sepan todos, él es Ojos de la Noche...



El chico anónimo se convirtió en primer niño de la Tribu, y puede ser que de toda la tierra, que recibió nombre.



Redactor artístico V. DUGUIN
Redactor V. YANSIKEVICH
Traducción AMELIA BERNALDO DE QUIROS

D–151–882